

Roger Chartier.

Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marín.

**Buenos Aires: Manantial, 2006,
128 pp.**

Juan Carlos Zuluaga Díaz

Sociólogo

Correo electrónico: jzsalv@hotmail.com

En esta ocasión el prestigioso historiador francés, director de estudios en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales de la Universidad de La Sorbona y director del Centro Alexandre Koyré, reúne cuatro ensayos en los que explora el pensamiento de tres de las más emblemáticas figuras de la historiografía contemporánea (Foucault, De Certeau, Marín) en torno a una pregunta fundamental: ¿Cómo pensar las relaciones que mantienen las producciones discursivas y las prácticas sociales? Cada cual a su manera, dice Chartier, hace aportes significativos en esta dirección, pues a lo largo de sus trayectorias intelectuales tratan de articular la construcción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos. De otra parte, cada uno de ellos llama la atención sobre la distancia que existe entre los mecanismos que apuntan a controlar y someter, y las resistencias de aquellos que son su objetivo.

De esta manera, el desarrollo del pensamiento de estos autores presentados por Chartier se distancia de una visión simplista de la dominación, donde los discursos dominantes se imponen sin más sobre los dominados, transformando de paso la comprensión de las relaciones de poder,

la de las formas de dominación colonial o la de las relaciones entre los sexos. Esta superación de los límites clásicos de las disciplinas, en particular de la historia y la sociología cultural, que hacen tanto Foucault, como De Certeau y Marín, traza un camino ampliamente utilizado después de ellos, en donde se “comenzó a prestar atención a las modalidades de apropiación más que a las distribuciones estadísticas, a los procesos de construcción del sentido más que a la desigual distribución de los objetos y las obras, a la articulación entre prácticas y representaciones más que al inventario de las herramientas mentales” (p. 9).

En el primer ensayo, titulado “La quimera del origen. Foucault, la ilustración y la Revolución Francesa”, Chartier llama la atención sobre la recusación que hace Foucault de los conceptos clásicos para el análisis crítico de los discursos, que se traduce en la puesta en duda del postulado de la unidad y coherencia de la obra, la puesta en evidencia de la originalidad de la misma y la inscripción de la significación en el discurso. Frente a esto se propone otra forma de interpretación que esté atenta a la discontinuidad y a las regularidades que limitan la producción de los discursos.

sos, haciendo énfasis “no en las representaciones que se pueden encontrar tras los discursos, sino [en] los discursos como series regulares y discontinuas de acontecimientos” (18-19), sometiendo la obra a los procedimientos de análisis crítico y genealógico.

Para la crítica a la noción clásica de origen (de cualquier fenómeno), que los historiadores tradicionales han asumido como entidad homogénea, dotada de una significación ideal y ordenada en una continuidad necesaria, en la que los hechos se encadenan de manera causal de modo ininterrumpido, Foucault acude a la obra de Nietzsche, para el cual el sentido histórico dista de la visión racionalista o teológica, que tiende a ver los acontecimientos en una continuidad ideal; por el contrario, percibe el acontecimiento en lo que tiene de único y particular. Esta perspectiva de historia “efectiva” abandona toda construcción racionalista de la historia (Hegel, Kant), otorgándole un valor significativo a la pluralidad de fuerzas particulares que constituyen el motor de la misma, y que Nietzsche distingue como el azar.

A partir de esta noción, Foucault define el acontecimiento no en los accidentes del curso de la historia o en las elecciones de los individuos sino en las transformaciones en las relaciones de dominación, en las cuales unos y otros están inmersos. El acontecimiento así visto no es más una decisión individual o colectiva o un conjunto de relaciones de causa y efecto, sino “una relación de fuerzas que se invierte”, una privación de las fuerzas dominantes frente a otras que entran en el juego, una soberanía debilitada y otra que emerge de manera enmascarada. Estas relaciones no se manifiestan como resultado de una intención primordial y tampoco asumen el aspecto de un resultado, pues obedecen al “azar” de la lucha, a las tensiones expuestas, y no a algún sistema de determinismo capaz de darles una interpretación racional. Esta forma de abordar los acontecimientos históricos induce a un abandono de los universales por parte del historiador y a la descripción de los fenómenos sociales como un movimiento continuo y consecuente con una intencionalidad primordial.

A la forma tradicional de pensamiento Foucault opone la historia, que considera series múltiples y articuladas, gobernada cada una por un princi-

pio de regularidad específico, remitida cada una a sus propias condiciones de posibilidad. Así, marca distancia tanto de la historia filosófica como del análisis estructural. No es, dice Chartier, ni el relato continuo de una historia ideal a la manera hegeliana o marxista ni una descripción estructural sin acontecimientos, sino que “busca establecer las series diversas, entrecruzadas, divergentes a menudo, pero no autónomas, que permiten circunscribir el ‘lugar’ del acontecimiento, sus márgenes de azar, las condiciones de su aparición” (p. 58). Las nociones que se imponen ahora son las del acontecimiento y la serie, con el juego de nociones ligadas a ellas: regularidad, azar, discontinuidad, dependencia, transformación.

En el segundo ensayo del texto, titulado “Estrategias y tácticas. De Certeau y las ‘artes de hacer’”, la primera reflexión que plantea Chartier en cuanto al trabajo de De Certeau es la del papel del historiador, insistiendo en la búsqueda de la alteridad, de la multiplicidad de voces que constituye la historia. Para él (para De Certeau), “hacer obra de historia era, al mismo tiempo, someter a la experimentación crítica los modelos forjados en otros campos, ya fueran sociológicos, económicos, psicológicos o culturales, y movilizar, para entender el sentido de los signos encerrados por el archivo, las competencias de semiótico, etnólogo y psicoanalista que le eran propias” (p. 58).¹

Para acceder al “saber verdadero” en historia, De Certeau distingue algunas cuestiones. En primer lugar, las particularidades que distinguen el relato de la historia de otros modos de narración, que deben buscarse en la estructura foliada del texto historiográfico, en la medida en que incluye en sí mismo los materiales que lo fundan y a los que explica (documentos, citas). De otro lado, el régimen de verdad del discurso historiográfico debe pensarse no como una emergencia del pasado intacto, sino como el resultado de una puesta en relación de los datos recortados por la operación del conocimiento. “Se pasa así de una realidad histórica recibida en un texto, a una realidad textual producida por una operación cuyas normas se fijan de antemano” (p. 69).

1 Foucault, Michel. *El orden del discurso*.

De otra parte, resalta Chartier “La operación historiográfica” de De Certau como un modelo de historia que rescata la relación entablada entre el discurso del saber y el mundo social donde se inscribe. Esta relación se manifiesta en su trabajo sobre la espiritualidad situada al margen de la institución eclesiástica en los siglos XVI y XVII, donde el autor se da al estudio del discurso místico, en el cual descubre una forma de resistencia de los dominados, aquellos que no tenían la verdad en materia de fe.

En el tercer ensayo, Chartier, abordando a Marín, analiza cómo la modernidad construyó el concepto de representación lingüística e icónica, es decir, el signo como presencia y ausencia, para producir mecanismos de control simbólico y material, en sus modalidades del “hacer creer”. El trabajo de Marín permite comprender de qué manera los enfrentamientos fundados en la violencia bruta entre la Edad Media y el siglo XVII se transforman en luchas simbólicas, es decir, en luchas que tienen las representaciones por armas y por apuestas. “Una lucha a muerte, por signos

de la fuerza o, mejor, señales o indicios que no necesitan sino ser vistos, comprobados, mostrados, luego contados y relatados para que la fuerza de la que son los efectos sea creída” (p. 84). Así, la fuerza no desaparece con la transformación que la convierte en potencia, pues esta se hace manifiesta a través del signo, instituyendo un ejercicio de dominación que transformó los enfrentamientos sociales abiertos en luchas de representación, que terminan por instaurar un ordenamiento social en el que cada grupo o individuo es definido en un rango reconocido.

El ensayo con el que Chartier cierra el libro está dedicado al análisis del conjunto de la obra de Foucault, haciendo una aproximación a los criterios y a las cercanías intelectuales del autor. En este sentido, trata de ubicarlo a partir de las formas propuestas por el mismo Foucault para la clasificación de los discursos, como lo son el enfoque crítico y genealógico; para esto intenta dar cuenta de la lógica de la trayectoria de investigación y de la coherencia de su proceder en ella.